

# MAS DE VEINTE MIL ARTICULOS LLEVA ESCRITOS CESAR GONZALEZ-RUANO

Parece un retoño tardío del romanticismo o el ensayo novísimo del escritor atómico

“Escribiendo en el café me parece que el trabajo es una broma y me engaño a mí mismo”

PERMANENTE como la fune-  
raria, César González-Ruano  
está por las mañanas, en el Gi-  
jón, de once a dos, escribiendo.  
Suele colocarse en una mesa del  
fondo, donde pone su bloc de  
cartas, del cual saca folios de  
papel hilo y los llena inacaba-  
blemente con su bonita y peque-  
ña letra. Cada media hora o a  
los tres cuartos, si se cruzó algu-  
na visita inoportuna, César sue-  
le dar un grito, que el camarero  
conoce muy bien, y en seguida  
aparece el botones. El botones co-  
ge la carta y la lleva a Prensa  
del Movimiento, a Correos, a  
«Arriba» o a donde sea. César  
entonces pide un café, enciende  
otro cigarrillo y sigue escribiendo.

A César no debe gustarle que  
haya imitadores o que los nove-  
les tomen a broma fácil eso de  
escribir sobre la mesa de már-  
mol, sin más ayuda que la Pren-  
sa del día «ABC» y «Arriba»  
y como única inspiración un ca-  
fé con leche en vaso. En reali-  
dad hay cosas que no pueden ni  
deben imitarse, aunque siempre  
haya ingenios que lo intenten.

César González-Ruano es un  
personaje en el periodismo. No  
digamos en la literatura, porque  
eso siempre es mejor dejarlo pa-  
ra después. Parece César misma-  
mente un retoño tardío del ro-  
manticismo o el ensayo novísimo  
del escritor atómico. Por su ac-  
titud pertenece al pasado, donde  
todo es ensueño y elegancia. Por  
su conducta es una especie de  
inglés de club última moda, para  
el cual el trabajo se puede decir  
que es un pasatiempo, casi una  
ironía.

El caso es que César González-  
Ruano vive, y vive escribiendo.

## MAS DE VEINTE MIL ARTICULOS

Me acerco a la mesa de César  
González-Ruano. Al verme llegar  
se quita las gafas.

—¡Hola, Castillo!

—Mire, César, queremos hacer-  
le una entrevista.

No podemos menos de reírnos  
los dos. Hacerle una entrevista a  
César es algo así como si un  
franciscano intentase dar una  
tanda de ejercicios espirituales a  
una residencia de jesuitas.

—Pues por mí, listos. Cuando  
quieran...

Y ya están en la mesa Carlos  
Alvarez y Marino Gómez Santos.

César da unas palmadas y acu-  
de Pedro. Al rato llega el boto-  
nes. César saca su cartera y me-  
te un billete de los gordos en  
un sobre y le dice: «Pronto, que  
te están esperando.» Luego, su-  
mamente correcto, como él es, se  
levanta y dice:

—Me tienen  
que perdonar  
unos minutos,  
tengo que lla-  
mar por teléfo-  
no.

Por fin vuel-  
ve.

CASTILLO. —  
¿Cuántos ar-  
tículos llevarás  
publicados?

CESAR. —Unos  
veinte mil.

CARLOS AL-  
VAREZ. — ¿De  
cuál se puede  
decir que está  
más contento?

CESAR. —  
Creo que a mí y  
al respetable  
público le hizo  
mucha impre-  
sión un artículo  
publicado en  
ABC en 1934 que  
creo que se ti-  
tulaba, poco más  
o menos, «Aque-  
lla pobre viuda  
que vivía en  
Triana».

GÓMEZ SANTOS. — ¿Qué temas  
prefiere para sus artículos?

CESAR. — A mí se puede decir  
que el tema grande me viene  
grande. Durante la ocupación ale-  
mana de Bélgica y Holanda me  
tocó presenciar verdaderas masa-  
cres humanas: quince mil, veinte  
mil muertos. Todo esto me de-  
jaba insensible. En cambio, me  
era relativamente fácil hacer una  
buena crónica sobre el reloj de  
Amsterdam, que «seguía mar-  
chando».

CASTILLO. — ¿Cuánto le saca  
al periodismo?

CESAR. — ¿Mensualmente?

CASTILLO. — Sí.

CESAR. — Pues unas quince mil  
pesetas.

CARLOS ALVAREZ. — ¿Qué ar-  
tículo suyo le valió el «Mariano  
de Cavia»?

CESAR. — Un artículo titulado  
«Señora, ¿se le ha perdido a us-  
ted un niño?» Y esto fue chocante,  
porque yo había enviado, por  
mi parte, otro artículo, y éste ha-  
bía sido enviado por unos ami-  
gos.

GÓMEZ SANTOS. — Pero ahora

Una vida a  
contrapelo, pero  
bien sistematizada

AHORA ESCRIBE TEATRO

En su casa todo es reliquia



La tertulia en el café. Uno  
de los momentos más gra-  
tos en la vida del escritor.

escribe, por lo visto, más artícu-  
los que nunca.

CESAR. — De siete años a esta  
parte, creo que he llegado a «la  
perfección de la máquina». Más  
de cinco mil. Solamente en Pa-  
rís me despaché más de mil  
quintientos en mi última estancia.

CARLOS ALVAREZ. — ¿Piensa  
juntarlos en un tomo?

CESAR. — Primero habría que  
reunirlos.

DEL CAFE GIJON A  
RIOS ROSAS OCHO  
PESETAS DE TAXI

Juntarse un poco a César Gon-  
zález-Ruano es adquirir un vi-  
cios; por ejemplo, servirse de ta-  
xis para ir de una esquina a la  
otra.

Vamos los cuatro acurrucados  
en el taxi, como conejos en ma-  
driguera. César nos ofrece ciga-  
rillos emboquillados.

GÓMEZ SANTOS. — ¿Por qué  
utiliza siempre un taxi?

CESAR. — Por comodidad y por  
mania. Es un dinero que no me  
duele de ninguna manera el que



La sala de estar es la casa de César González-Ruano, la sala de vivir. Allí no se puede hablar más que de literatura y de política. Entrar en ella es entrar en el espíritu y en el corazón de César

gasto en taxi. Yo no conozco el «Metro». No cojo tampoco un tranvía desde hace ocho o diez años.

**CASTILLO.**—¿Y por qué no se compra un coche?

**CESAR.**—Ya lo tuve en Italia y en Berlín. El primero era un Ford, que parecía el de Charlot.

**CARLOS ALVAREZ.**—¿Lo manejaba usted mismo?

**CESAR.**—No; los amigos. El de Berlín lo tuve sólo unos meses. Antes de esto yo utilizaba en Madrid unos taxis de dos personas, en los que la bajada de bandera valía cuarenta céntimos. También utilicé «simones» y los automóviles del Casino de Madrid. Estos últimos tenían el inconveniente de que se pagaban por meses. Se gastaba uno el dinero alegremente y cuando llegaba la factura se veía uno negro para pagarla. Pero, en cambio, tenían una ventaja: eran muy cómodos; se telefoneaba y lo mandaban con su correspondiente chófer.

*César es un señorito, un burgués refinado. Si no se compra un automóvil, yo creo que es por la pereza que le dan las gestiones oficiales. Por eso mismo tiene una máquina de escribir alquilada desde hace tres años.*

—Coincido —prosigue César— con Salvador Dalí. El hombre que después de los cuarenta viaja en el «Metro» es que es tonto.

**CASTILLO.**—¿Y por qué no usa pluma estilográfica? (A César le sacan todos los días en el Gijón un tintero y la correspondiente pluma de escuela.)

**CARLOS ALVAREZ.**—Sí. ¿Y por qué no usa reloj de pulsera?

**CESAR.**—Es muy sencillo: no me gusta lo mecánico. A las estilográficas que me regalán las humillo mojóndolas en el tintero, como si fuesen corrientes. Los encendedores no me sirven, porque me olvidé de ponerles piedra, y los relojes, en la muñeca, francamente, no me gustan.

**CASTILLO.**—¿Cómo se ha habituado a ir al café Gijón a trabajar?

**CESAR.**—Eso es muy largo y muy corto de contar. En el fondo soy una especie de vago insobornable. Bajando al café me parece que el trabajo es una broma, y me engaño a mí mismo.

**GÓMEZ SANTOS.**—¿Y de qué le viene la afición a los brillantes y al oro?

**CESAR.**—Creo que también, en el fondo, soy un gitano con obsesión del oro, que no sé de dónde me sale. Es un fenómeno de la guerra. He vivido en Alemania y en París cuando el dinero no valía para nada y era necesario invertirlos en objetos que valiesen al otro lado de la frontera. En entonces se creía más en el objeto que en la moneda, y es probable que de ahí pudiera nacer mi afición al oro.

*Hay mucho de camelo en creer demasiado en la bohemia de César González-Ruano. El sabe muy bien siempre lo que quiere y a eso se ordena y dirige con la constancia de un judío. En medio del aparente desorden, César tiene lista una jerarquía de ideas y personas para no emborrullarse. Ha preferido siempre las mujeres que no tienen dinero, el café malo, el tabaco que perjudica, pero siempre sabiendo que todo esto tiene su compensación. Es una ciencia como otra cualquiera. Como lo es cuidarse de los articu-*

*los que le pagan peor que de aquellos que le pagan espléndidamente. Es la suya una vida a contrapelo, pero bien sistematizada. Sin las preocupaciones económicas y el «salto de mata» no podría darse su gran tranquilidad y señorío.*

**EN SU CASA, DONDE TODO ES RELIQUIA, HASTA EL MISMO**

*En la casa de César todo es reliquia. Se ha superado la comodidad y el buen gusto a base de darle a todo un carácter de recuerdo, de anécdota y de historia. Es, en una palabra, una casa hecha a su imagen y semejanza.*

*Los gestos de César se han ido superponiendo, y sobre su aparente trivialidad, la impresión que produce todo aquel ambiente es de algo trascendental y muy serio. Alfonso XIII tratado con él, una dedicatoria*

*de don Pio. Los libros, las alfombras, las caretas, los refinados butacones, todo es allí biografía palpante.*

*En la casa de César no se puede hablar más que de literatura o de política, pero política ya pasada, cuando el político es un perseguido, por ejemplo. Tampoco se puede hablar de economía, si no es para citar un desfalco o una ruina, o, en todo caso, la posibilidad de una herencia fabulosa.*

*¿Y cómo se sienta César, qué bien, qué melancólico, qué majes-*



Suele colocarse en una mesa del fondo, donde pone su block de cartas, del cual saca folios de papel hilo y los llena inacabablemente con su bonita y pequeña letra...

tuoso, qué romántico! Y piensa, habla y anda, y toma café con una serena majestad de príncipe desterrado o de revolucionario incomprendido. Lo que más conmueve en este hombre es que defiende sus cualidades negativas con la misma elegancia con que calla sus virtudes positivas. Por eso, porque, aunque no lo parezca, es sincero, nunca este hombre se arrepentirá de nada. No tenemos ganas de hablar; le observamos como miráramos la cola desmayada de un cometa brillante.

La sala de estar es aquí, más que en ninguna casa, la sala de vivir. Entrar en ella es entrar en el espíritu y en el corazón de César. Nos contaba él que alguien tomó nota de que el día del en-

tierro de su padre se mostró duro, que por más que hizo y quiso no le asomaron las lágrimas. Sin embargo, un día, revolviendo un cajón, se encontró una cuchilla del padre, y entonces le brotó la gran pena contenida.

CASTILLO.—¿Es cierto que está escribiendo teatro ahora?

CESAR.—Efectivamente. Una comedia titulada Academia de baile, que se va a estrenar pronto.

CARLOS ALVAREZ.—¿Qué tal su última novela, Los oscuros dominios?

CESAR.—Satisfecho. La están considerando muy novela, porque hay observación, caracteres, detalles, ambiente. La escribí en quince días. Yo creo que, en cierto modo, es un reflejo del momento

actual, y, por lo tanto, algo pesimista. Manejo a los personajes como peleles, pero tienen construcción psicológica. Los nuevos ricos, los snobs, hacen su papel, simpático y antipático, las dos cosas.

GOMEZ SANTOS.—¿Se vende bien?

CESAR.—Muy bien.

Y se ve que es verdad. Porque nada hay que dé a César más optimismo que el dinero, mejor dicho, que la gloria, cuando va acompañada de dinero.

Al salir a la calle comprobamos que César estaba perfectamente simbolizado en la decadencia y la apotesis del otoño madrileño, que se resiste a hacerse invierno.